

# UNA LECTURA POLÍTICA DE SITTING BULL (*Sitting Bull*, Sidney Salkow 1954)

Domingo Garí

Departamento de Historia, Universidad de La Laguna

El racismo es parte del proyecto fundante de la sociedad blanca, patriarcal y capitalista. El engaño, la traición y el desprecio hacia todas las culturas no europeas ha sido una de las señas de identidad más manifiestamente reconocidas de los pueblos euro-americanos. Cuando los franco-británicos se expandieron hacia oriente en la época posterior a las invasiones napoleónicas del norte de África y oriente medio, llegaron con su prepotencia e ignorancia para nombrar y clasificar a los pueblos árabes. El Conde de Cromer (desde 1883, y durante las dos décadas siguientes, fue el cónsul general con plenos poderes de la Corona inglesa en Egipto) describió así a los árabes: «La precisión es incompatible con la mente oriental [...] La falta de exactitud, que fácilmente degenera en falsedad, es en realidad la principal característica de la mente oriental. El europeo hace razonamientos concienzudos, y sus afirmaciones acerca de la realidad están exentas de cualquier ambigüedad; es, por naturaleza, lógico, aunque no haya estudiado lógica y es, también, por naturaleza, escéptico [...] y su diestra inteligencia funciona como el engranaje de una máquina. Las mente del oriental, por otro lado, igual que sus pintorescas calles, carece por completo de simetría, y su manera de razonar está llena de descripciones desordenadas [...] son incapaces de sacar conclusiones obvias de unas simples premisas de las que puedan admitir la verdad. Trate de sonsacarle a cualquier egipcio una afirmación clara sobre los hechos; su explicación [...] será larga y carente de lucidez; con toda probabilidad se contradirá media docena de veces antes de terminar su historia y normalmente se derrumbará si se le somete al más mínimo interrogatorio»<sup>1</sup>.

También los canarios antiguos fueron traicionados, esclavizados y su cultura destruida por los blancos cristianos. De los primeros pueblos originarios sometidos al colonialismo europeo, sus ecosistemas y sus eco-culturas fueron demolidas para someter la actividad productiva a los beneficios de la economía exportadora, en los ingenios de azúcar y posteriormente con la vid. Siglos después los cristianos europeos seguían denostando a los mestizos canarios y tratándolos con los mismos pensamientos prejuiciosos con que trataban a otros pueblos no europeos. En el relato que Verneau hace de los canarios hacia 1891, se dice: «Los canarios [...] ignorantes en sumo grado, no podían dejar de ser supersticiosos. Creen en las hadas, las brujas y en

---

<sup>1</sup> CROMER, *Moder Egypt*, citado en SAID, E., *Orientalismo*, Ed. Debate, Barcelona, 2002, pp. 66-67.

los aparecidos. Cuando yo les pedía una muestra de sus cabellos, estaban convencidos que era para echarles un maleficio. Son católicos fervientes y sería difícil encontrar entre algunos de ellos algún libre pensador [...] no se dan cuenta de lo que el catolicismo pueda tener de elevado. Sólo ven en las ceremonias religiosas un pretexto de diversión y una representación teatral [...] Al salir de la iglesia, muchos individuos se van a emborrachar con el agua ardiente que les envían las naciones civilizadas, o con el que se comienza a fabricar en el país. Con frecuencia, el día se termina con peleas, en las que el garrote y sobre todo el cuchillo desempeñan un gran papel»<sup>2</sup>.

Por su puesto, que los indios americanos, del norte y del sur, sufrieron los mismos episodios que el resto de los pueblos originarios. Traicionados una y otra vez por tratados que no eran sino papel mojado, fueron expulsados de sus tierras en cada ocasión en que la colonización se abría camino hacia el oeste. La suerte de los pueblos originarios de América de Norte la había escrito George Washington durante la guerra de las trece colonias contra la corona británica en el último tercio del siglo XVIII. Este aristócrata y propietario de grandes extensiones de terreno, que alardeaba de su ascendía europea, abrió el camino para el exterminio de los pueblos indios de la costa este de EEUU. Lanzándose contra los pueblos de la federación iroquesa ordenó a los suyos: «Destruir no sólo a los hombres, sino también sus poblados y plantaciones. Se arrancará todo lo sembrado y se impedirá cualquier nueva plantación o cosecha. Lo que no pueda lograr el plomo, lo harán el hambre y el invierno». En los meses siguientes cuarenta poblados y miles de plantaciones indias fueron arrasadas.

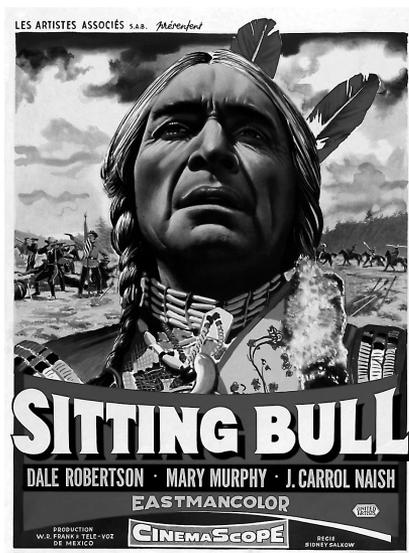
La lucha contra las naciones indias no se paró hasta su destrucción total un siglo más tarde. Tras el triunfo de los federados en la guerra civil la expansión hacia el oeste fue empujando a los pueblos nativos hacia el Pacífico. Una de las últimas grandes batallas épicas de la resistencia india fue la que enfrentó a *Sitting Bull* contra el Coronel (degradado de su generalato) Custer.

La película dirigida por Sidney Salkow en 1954 nos relata un episodio de la vida de este jefe Sioux, símbolo de la resistencia de los pueblos indios contra los piel blanca. Las siete tribus guerreras son acosadas en sus territorios por los colonos buscadores de oro, quienes envenenan sus aguas y destruyen sus propiedades. Deben refugiarse en las montañas negras de Dakota del sur. Colocados en esa tesitura los Sioux se preparan para la guerra. El film gira en torno a la batalla de Little Big Horn, en la que muere Custer atravesado por las flechas de los piel roja. Un personaje mediador entre las dos culturas (Mayor Parrish) se juega la vida por salvar a los indios y tras ser acusado de alta traición y de colaborar con el enemigo, termina siendo rescatado de la muerte por el propio *Sitting Bull*. La alianza de los colonos con Custer y su Séptimo de Caballería, es decir, de los colonos con el ejército americano, nos puede traer a la memoria la alianza de los colonos israelíes, en los territorios palestinos ocupados, con el Pentágono norteamericano. Es una repetición calcada de la misma historia.

La historia real sobre la que se basa la película encierra todos los paradigmas de las luchas entre los indios y los descendientes de los europeos en las tierras

---

<sup>2</sup> VERNEAU, R., *Cinco años de estancia en la Islas Canarias*, (1891), Madrid, 1987.



americanas. El gobierno norteamericano incumplió el Tratado de Laramie en 1874, enviando sus tropas bajo el mando de Custer hacia la reserva Sioux, en búsqueda de oro. Las minas de oro fueron encontradas dentro de la reserva, lo que originó la llamada fiebre del oro, atrayendo a miles de colonos. La inauguración de la línea ferroviaria que conectaba Dakota del sur con el resto del país propició la salida del oro y la llegada de población para asentarse en dichas tierras. Muchos se dedicaron a la industria agropecuaria, que llegaría a ser más importante que la misma minería. La violación del Tratado de Laramie produjo una de las grandes rebeliones de los Sioux, liderados por Caballo Loco y Toro Sentado. Los bravos piel roja se enfrentaron a los ejércitos blancos, pero fueron derrotados en 1877 y confinados definitivamente en reservas. Más adelante, en 1889, Toro Sentado fue asesinado por la policía cuando encabezaba un movimiento de renacimiento indio llamado *Ghost Baile*.

El fordismo transformó la economía en una máquina trituradora. Primero arrasó a las culturas originarias allí en donde éstas se interponían en su camino. Luego agotó a la naturaleza y con ella a la humanidad. Los indios americanos vivieron en primera línea de frente la expansión del capitalismo global. Unas décadas después de la muerte de *Sitting Bull* en 1890, otro héroe indio (apache), Gerónimo, simbolizó las últimas resistencias antes de que la producción en cadena, el ferrocarril, el telégrafo, el automóvil, el petróleo convirtiesen en imparable el Moloch que luego cantó Allan Ginsberg: «¡Moloch! ¡Soledad! ¡Inmundicia! ¡Ceniceros y dólares inalcanzables! ¡Niños gritando bajo las escaleras! ¡Muchachos sollozando en ejércitos! ¡Ancianos llorando en los parques! ¡/Moloch! ¡Moloch! ¡Pesadilla de Moloch! ¡Moloch el sin amor! ¡Moloch mental! ¡Moloch el pesado juez de los hombres! ¡/Moloch la prisión incomprensible! ¡Moloch la desalmada cárcel de tibias cruzadas y congreso de tristezas! ¡Moloch cuyos edificios son juicio! ¡Moloch la vasta piedra de la guerra!

¡Moloch los pasmados gobiernos! ¡Moloch cuya mente es maquinaria pura! ¡Moloch cuya sangre es un torrente de dinero! ¡Moloch cuyos dedos son diez ejércitos! ¡Moloch cuyo pecho es un dínamo caníbal! ¡Moloch cuya oreja es una tumba humeante!».

En los años setenta del siglo pasado, cuando el movimiento ecologista comenzó a perfilarse, sus demandas llegaron muy pronto al cine. Ted Perry realizó una película titulada *Home*, en la que dio vida al Jefe Indio Seattle. En la versión de Perry los indios americanos habían anticipado la crítica ecologista a la desmesura productivista del fordismo y del postfordismo. En este film el héroe indio dirigía al presidente norteamericano Franklin Pierce en 1855 un discurso portador de los valores del movimiento ecologista de 1970. Le respondía a la demanda del presidente Pierce de comprarle las tierras que su tribu habitaba, y daba por respuesta que no entendía como podía haber cultura que comprase la tierra, el agua, el aire, la naturaleza. El indio decía que ellos no podían vender nada, porque no eran propietarios de eso, eran sólo sus hermanos o sus hijos. Hermanos de los ríos, del aire, de los animales. «La savia de los árboles circula por la memoria de los piel rojas [...] La tierra no pertenece al hombre, sino que el hombre pertenece a la tierra. El hombre no ha tejido la red de la vida: es sólo una hebra de ella. Todo lo que haga a la red se lo hará a sí mismo. Lo que ocurre a la tierra ocurrirá a los hijos de la tierra.»

Ese discurso hecho para el cine, pero que circuló durante mucho tiempo como si de verdad lo hubiese pronunciado el jefe Seattle, permitía hacer una lectura ecologista de las culturas aborígenes americanas, y ese interés lo comparte con *Sitting Bull* y la reinterpretación que desde la cultura blanca hizo el cine sobre el mundo indio.

Apartados, condenados a la degradación, las culturas no blancas ni occidentales siguen siendo sometidas al desprecio y la explotación. Nuevas formas corren parejas con los tiempos. Hoy en tantos sitios el capitalismo en su forma actual reproduce prácticas antiguas de desprecio hacia los otros. Los holandeses y los ingleses, en la parte de África que colonizaron, dejaron una larga huella de conductas racistas por todo el continente. La más llamativa por su extensión temporal y su inequívoca maldad fue el *apartheid*, símbolo mundial del odioso racismo. Remozado y actualizado, como si de rituales se tratase, el racismo y el clasismo campan por sus anchas en la República Sudafricana. «En Sudáfrica es normal que las empresas avícolas retiren de los supermercados de los barrios ricos los pollos congelados que han cumplido la fecha recomendada para su consumo y los reciclen con un proceso de descongelamiento, lavado e inyecciones de condimentos para luego venderlos en las tiendas de los barrios negros»<sup>3</sup>. Esta historia se repite incansablemente contra todos los pueblos no occidentales que en el mundo habitan.

Allí en donde los pueblos del mundo resistan, estarán también Cacica Gaitana, Bencomo de Taoro, Sitting Bull, Crazy Horse, Tupac Amaru, Malcom X, Amílcar Cabral, Che, Rigoberta Menchú, y todos cuantos han comprometido su vida por un mundo más equilibrado y justo.

---

<sup>3</sup> BBC, 29 de diciembre de 2010, <http://www.bbc.co.uk/news/world-africa-12090741>